

costarme la tranquilidad. Pero ya lo sabe usted, ahora en casa de los Delaveau hay que decir lo que digan los demás.

A la misma hora, el presidente Gaume esperaba en casa á su hija Lucila y á su yerno el capitán Jollivet con los cuales había de ir al almuerzo de los Delaveau. El presidente había envejecido mucho en los cuatro años; parecía más severo y más triste, maniac del derecho, se pasaba horas y horas fundando las sentencias con creciente minuciosidad. Se decía que se le había oído sollozar, ciertas noches, como si todo se hundiese á sus pies, hasta aquella justicia humana á la cual se agarraba desesperado para no verse tragado con este último resto. En el doloroso recuerdo del drama íntimo que le abrumaba, la traición y la muerte violenta de su mujer, debía de sufrir, sobre todo, viendo este drama renacer en su hija adorada aquella Lucila de rostro virginal, de tan extraño parecido con su madre, que engañaba á su marido, como aquella le había engañado á él. No hacía seis meses que era mujer del capitán Jollivet, cuando ya traidora se entregaba al pasante de un abogado, un galopín medrado, rubio, más joven que ella, de ojos azules de muchacha. El presidente, que sorprendió la intriga, padeció atrocemente como si volviera á empezar la traición, por cuya herida su corazón seguía sangrando. No se atrevió á buscar una explicación dolorosa; hubiera creído revivir el terrible día en que su mujer se había matado delante de él, confesando su culpa. ¡Abominable mundo en que todo le había hecho traición! ¡Cómo creer en una justicia cuando las más hermosas y las mejores hacían sufrir tanto!

Pensativo y moroso, el presidente Gaume estaba sentado en su gabinete acabando de leer el diario de «Beauclair», cuando se presentaron el capitán y Lucila. El artículo de violento ataque contra la Crêcherie que había leído le parecía necio, desmañado y grosero. Y le dijo tranquilamente:

—Supongo que no es usted, amigo Jollivet, quien escribe semejantes artículos, aunque eso se murmurara. De nada sirve injuriar á los adversarios.

El capitán mostró cierta modestia.

—¡Oh! escribir, ya sabe usted que yo no escribo; nunca ha sido eso de mi gusto. Pero es verdad, yo doy las ideas á Lebleu; ya sabe usted, un pedazo de papel, notas con las cuales él hace redactar eso después á no sé quién.

Y como el presidente continuaba haciendo un gesto de desaprobación, continuó:

—¿Qué quiere usted? Se bate uno con las armas que tiene. Si estas malditas fiebres del Sudán no me hubiesen obligado á presentar la dimisión, á sablazos sería como yo caería sobre esos ideólogos que están á punto de derribarnos con sus utopías criminales... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué consuelo sería pinchar á una docena!

Lucila, pequeña y bonita, que se callaba, sonreía de modo enigmático; y echó sobre su marido, aquel hombrazo de triunfantes mostachos, una mirada de tan clara ironía, que el magistrado leyó en ella sin trabajo el desdén burlón que la joven consagraba al espadachín, con el cual jugaban sus delicadas manos de rosa como una gata con un ratón.

—¡Ah, Carlos!—murmuró,—¡no seas malo, no digas cosas que me dan miedo!

Pero se encontró con los ojos de su padre, temió que la adivinara y añadió, con aire de cándida virgen:

—¿No es verdad, querido papá, que Carlos hace mal en pudrirse así la sangre? Debiéramos vivir tranquilos, en nuestro rincón, y acaso Dios nos bendijera mandándonos por fin un niño hermoso.

Comprendió Gaume que seguía burlándose, mientras evocaba la imagen del amante, el rubio pasante de abogado, de ojos azules de muchacha, del cual había hecho una muñeca viciosa.

—Todo eso es bien triste y bien cruel—concluyó el presidente sin precisar,—¿qué resolver, qué hacer, cuando todos se engañan y se devoran?

Se levantó con trabajo y cogió el sombrero y los guantes para ir á casa de los Delaveau. En la calle, Lucila, á quien adoraba, á pesar de tantos disgustos se le colgó del brazo y hubo un momento de delicioso olvido como si fueran dos novios reconciliados.

En el Abismo, á mediodía, Delaveau se reunió con Fernanda en el gabinete que daba al comedor, en el

piso bajo del antiguo pabellón de los Qurignón, donde ahora vivía el director de la fábrica. Era mansión bastante reducida; abajo no había más que otra habitación, despacho de Delaveau, que comunicaba por una galería de madera con las próximas oficinas del establecimiento. Arriba, en el primer piso y en el segundo, estaban los dormitorios. Desde que una mujer joven, loca por el lujo, había entrado allí, las antiguas paredes negras, estaban cubiertas con tapices y colgaduras que eran algo de los esplendores y goces soñados.

Boisgelín, fué el primero que se presentó, solo.

—¡Cómo!—exclamó Fernanda con expresión dolorosa.—¿No viene Susana?

—Le ruego á usted que la dispense—respondió correctamente Boisgelín.—Desde por la mañana tiene tal jaqueca que no ha podido salir de su cuarto.

Siempre que había que venir al Abismo, sucedía igual; Susana encontraba un pretexto para evitar este aumento de dolor; y sólo Delaveau, ciego, no comprendía nada.

Boisgelín cambió en seguida de conversación.

—¿Con qué, esatmos en visperas del famoso pleito? ¿No es eso? es cosa hecha; la Crécherie está condenada de antemano.

Delaveau alzó los robustos hombros.

—Que la condenen ó no, ¿qué nos importa? Sin duda nos hace daño envileciendo el precio de los hierros; pero no estamos en competencia de fabricación y la cosa todavía no es grave.

Temblando, de una maravillosa belleza aquel día, Fernanda le miró con ojos de fuego.

—¡Oh! Tú no sabes aborrecer... ese hombre se te ha atravesado en todos tus proyectos, ha fundado á la puerta de tu fábrica otra, rival, cuyo buen éxito sería la ruina de la tuya... Es siempre el obstáculo, la amenaza, y tú ni siquiera deseas su ruina. ¡Ah, que lo arrojen desnudo al hoyo; me alegraré!

Desde el primer día había comprendido que Lucas iba á ser el enemigo, y no podía hablar sin odio de este hombre que amenazaba sus placeres. Aquel era el gran crimen, el único; exigía ella para su hambre

siempre creciente de goces y de lujos, ganancias mayores sin cesar, una fábrica próspera, centenares de obreros trabajando el acero ante la boca abrasada de los hornos. Ella era quien devoraba hombres y dinero; el Abismo con sus martillos pilones, sus máquinas gigantes, no bastaba para calmar su apetito. ¿Qué se haría su anhelo de gran vida futura de millones amontonados y devorados, si peligraba el Abismo y sucumbía por la competencia? Por esto, no dejaba en paz ni á su marido ni á Boisgelín, empujándoles, inquietándoles, aprovechando todas las ocasiones para demostrar su cólera y sus temores.

Boisgelín, que veía una especie de superioridad en no ocuparse jamás en los asuntos de la fábrica, gastando sin contar las ganancias con la vanagloria del buen mozo querido, elegante caballero, gran cazador, solía temblar, sin embargo, cuando oía á Fernanda hablar de la ruina posible. Y se volvió á Delaveau, en quien seguía teniendo confianza absoluta.

—Tú estás tranquilo, ¿no es así, primo?... ¿no marcha bien todo?

El ingeniero se encogió de hombros otra vez.

—Te repito que la fábrica todavía no sufre perjuicios... Todo el pueblo se levanta contra ese hombre; es un loco. Se va á ver su impopularidad; y si en el fondo me alegro del pleito, es porque eso va á acabar de desconceptuarle en la opinión de Beauclair. Antes de tres meses, todos los obreros que nos ha llevado volverán con las manos en cruz á suplicarme que los admita otra vez en el Abismo. ¡Ya veréis, ya veréis! No hay más que la autoridad; la emancipación del trabajo es una tontería; el trabajador no hace nada de provecho en cuanto es dueño de sí mismo.

Tras una pausa, añadió con voz lenta y con la sombra de una preocupación en los ojos:

—Sin embargo, debiéramos ser prudentes; la Crécherie no es una competencia despreciable, y lo que me inquietaría sería no tener en una necesidad repentina los fondos necesarios para la lucha. Vivimos demasiado al día, se hace indispensable crear una reserva de reserva, dejando en ella, por ejemplo, el tercio de las ganancias anuales.

Fernanda confuvo un gesto de involuntaria protesta. Ese era su temor, que el tren de su amante disminuyese teniendo ella que perder algo de los goceos de su orgullo y de las diversiones que de allí sacaba. Tuvo que contentarse con mirar á Boisgelin, que espontáneamente respondió con toda claridad:

—No, no, primo, en este momento no; no puedo dejar nada, tengo gastos muy grandes. Por lo demás, vuelvo á darte las gracias porque haces producir á mi dinero más de lo prometido... Ya veremos más tarde; volveremos á hablar de esto.

Pero Fernanda seguía nerviosa y su cólera sorda cayó sobre Nisa, á quien la doncella acababa de hacer almorzar sola y la traía antes de llevarla á pasar la tarde en casa de una amigueta. Nisa, que iba á cumplir siete años, crecía graciosa, sonrosada y rubia siempre sonriente con sus cabellos locos, que la hacían parecerse á un rizado cordero.

—Vea usted, señor Boisgelin, aquí está una niña desobediente que me va á poner mala... Pregúntela usted lo que hizo el otro día en la merienda que dió á su hijo de usted, Pablo, y á Luisa Mazelle.

Sin la menor turbación, Nisa continuaba sonriendo alegre, clavando en todos sus límpidos ojos azules.

—¡Oh!—continuó la madre,—no confesará ella su culpa... Pues bueno, á pesar de mi prohibición repetida cien veces, ha vuelto á abrir la antigua puerta que da á nuestro jardín y ha hecho entrar á toda la pillería indecente de la Crécherie. Entre ellos el tal Nanet, un terrible galopín que se le ha entrado por el alma. Y también eran de la partida su Pablo de usted y Luisa Mazelle, que fraternizaban con toda la patulca de los chicos de Bonnaire, de ese que nos dejó de tan mala manera. ¡Sí, Pablo con Antonieta y Luisa con Luciano eran conducidos por la señorita Nisa y su Nanet á la devastación de nuestros arriates!... Y vea usted, ni siquiera se la cae la cara de vergüenza.

—Y hago bien—respondió sencillamente Nisa con voz clara;—nada hemos roto y nos hemos divertido mucho juntos... ¡Nanet es muy gracioso!...

Tal respuesta acabó de incomodar á Fernanda.

—¡Ah! Te parece gracioso... Pues oye, si en la vida te vuelvo á sorprender con él, te dejo sin postres ocho días. No quiero por causa tuya tener alguna cuestión con los de al lado. Irian diciendo por todas partes que atraemos á sus hijos para que se pongan malos... Ya lo oyes, ahora hablo en serio, si vuelves á buscar al tal Nanet, nos veremos.

—Bien, mamá—dijo Nisa con aire tranquilo y risueño.

Y en cuanto salió la doncella, después de besar á todos, concluyó la madre:

—Es muy sencillo, voy á tapiar la puerta y estaré segura de que los niños ya no pueden juntarse. No hay cosa peor que estos juegos de chiquillos; cogen la peste juntos.

Ni Delaveau ni Boisgelin, habían intervenido, no viendo en todo aquello más que niñerías, aunque partidarios de las medidas severas por razón del orden. Y el porvenir germinaba. Nisa, tenaz, llevaba en su corazoncito la imagen de Nanet, que era tan gracioso y jugaba tan á su gusto.

Llegaron por fin los convidados, los Gourier con Chatelard, luego el Presidente Daume con el matrimonio Jollivet. Según su costumbre, Marle el cura se presentó el último, retrasado. Eran diez; los Mazelle, que no podían venir á almorzar, habían prometido formalmente no faltar al café. Fernanda puso á su derecha al Sub-Prefecto y al Presidente á la izquierda, mientras Delaveau se sentaba entre las dos señoras Leonor y Lucila, y en los extremos estaban Gourier y Boisgelin, el cura y el capitán. Habían querido ser pocos para charlar más á su gusto. Además, el comedor que avergonzaba á Fernanda, era tan pequeño, que el antiguo aparador de caoba estorbaba para el servicio de los comensales, en pasando de una docena. En cuanto vino el pescado, deliciosas truchas del Mionna, la conversación fué á dar sucesivamente á la Crécherie y á Lucas. Y lo que decían estos burgueses instruidos, en situación de conocer lo que llamaban utopía socialista, apenas suponía más inteligencia ni más juicio que las extraordinarias apreciaciones de los Dacheux y los Laboque. El único q

hubiera podido comprender era Chatelard. Pero éste lo tomaba á broma:

—Ya sabéis que chicos y chicas crecen juntos en las mismas clases, en los mismos talleres y supongo que en los mismos dormitorios, de suerte que ahí tenemos una ciudad en pequeño que se va á poblar rápidamente. Todos en familia, todos papás y mamás con una caterva de hijos de todo el mundo.

—¡Oh, qué horror!—dijo Fernanda con aire de profundo disgusto, pues fingía mucho recato.

Leonor, cada vez más influida por la moral severa de la religión, se inclinó hacia el cura, su vecino, murmurando:

—Es una vergüenza que Dios no permitirá.

Pero el clérigo se contentó con levantar los ojos al cielo, pues su situación se hacía tanto más difícil cuanto que no había querido romper con Scœurette y seguía almorzando periódicamente en la Crécherie. Se debía á todas sus ovejas, especialmente á las que habían abandonado el aprisco y él creía capaces de volver á él. A esto le llamaba permanecer en la brecha, luchar contra la invasión del espíritu malo. Se hacía inútil su esfuerzo por santificar la agonía de la vieja sociedad y sentía una tristeza profunda viendo cada vez más escasos los fieles en su iglesia.

Boisgelin se puso á contar cierta historia.

—En una pequeña colonia comunista donde ya se ensayó eso, no tenían bastantes mujeres, y ¿qué hicieron? pues iban desfilando y pasaban una noche con cada hombre. A esto lo llamaban el relevo.

Una carcajada aflautada de Lucila resonó tan alegre, que todos la miraron. Pero ella no se alteró, siguió en su aire candoroso; no hizo más que mirar de soslayo á su marido para ver si le hacía gracia el asunto.

Delaveau hizo ademán de no dar importancia á aquello. No le preocupaba lo de las mujeres en común. Lo grave era la autoridad minada, el sueño criminal de vivir sin amo.

—Hay en eso una idea que no se me alcanza—dijo. —¿Cómo se va á gobernar su ciudad futura? Y no hablemos más que de la fábrica; dicen que llegarán

por la asociación á suprimir el salario y que se hará un justo reparto de la riqueza el día en que no haya más que trabajadores que darán cada uno su parte de esfuerzo á la comunidad. No conozco sueño más peligroso, porque es irrealizable. ¿No es así, señor Gourier?

El Alcalde que comía con la cara metida por el plato, se limpió la boca muy despacio antes de responder, viendo que el Sub-Prefecto le miraba.

—Irrealizable, sin duda... Sólo que no hay que condenar á la ligera la asociación. Hay en ella una gran fuerza de que acaso lleguemos nosotros mismos á servirnos.

Esta prudencia indignó al capitán, que gritó fuera de sí:

—¡Cómo se entiende! ¿Llegaría usted á no condenar en redondo los abominables atentados que ese hombre, hablo del tal señor Lucas, medita contra todo lo que amamos, nuestra vieja Francia, tal como la espada de nuestros padres nos la han dejado?

Estaban sirviendo chuletas de cordero con cabezas de espárragos, y hubo entonces un clamor general contra Lucas. Este nombre aborrecido bastaba para aproximarlos á todos, para unirlos estrechamente en el terror de sus intereses amenazados, en una imperiosa necesidad de defensa y de venganza. Se tuvo la crueldad de pedir á Gourier noticias de su hijo Aquiles, el renegado, y el Alcalde tuvo que maldecirle una vez más. Sólo Chatelard seguía navegando de bolina y procuraba mantenerse en el tono de chanza. Pero el capitán seguía profetizando los mayores desastres si no se hacía volver al orden al faccioso inmediatamente y á patadas; y tal pánico sembró que Boisgelin, ya inquieto, provocó una declaración tranquilizadoramente de Delaveau:

—Nuestro hombre ya está cogido—dijo el director del Abismo.—La prosperidad de la Crécherie es apariencia, y bastaría un accidente para que todo se hundiera... por ejemplo, mi mujer me ha dado un detalle.

—Sí—continuó Fernanda irritada, contenta porque podía desahogarse un poco;—me dió la noticia mi lavandera... Conoce á Ragú, uno de nuestros antiguos obre-

ros que nos ha dejado para irse á la fábrica nueva. Pues bueno, parece que Ragú grita por todas partes que ya está harto de vivir encajonado, que allí se muere de aburrimiento y que no es él sólo, y que el mejor día se vuelven para acá todos... El que comience dará el golpe necesario para bambolear á Lucas y aplastarle.

—Pero además—dijo Boisgelin apoyándola,—tenemos el pleito de Laboque. Supongo que eso bastará.

Hubo otra vez silencio mientras aparecía un pato «au sang». Aquel pleito Laboque era la verdadera causa de esta reunión amistosa, pero nadie había osado hablar de él todavía, ante el silencio que guardaba el Presidente Gaume. Comía poco; sus ocultos pesares le habían hecho enfermar del estómago y se contentaba con escuchar á los comensales, mirándoles con sus ojos grises y fríos, á los que de intento no dejaba expresar sus ideas. Nunca se le había visto tan poco comunicativo, y esto llegó á molestarles, porque se quería saber hasta qué punto estaba con ellos y tener por lo menos la certeza de la sentencia que iba á pronunciar. Aunque no cabía en la cabeza de ninguno de ellos que pudiese absolver á Lucas, se esperaba que tuviese el buen gusto de adquirir un compromiso con palabras suficientemente claras.

Fué el capitán quien se lanzó al asalto.

—La ley es terminante, ¿no es así, señor Presidente? Todo perjuicio debe ser reparado.

—Sin duda—respondió Gaume.

Esperaban algo más. Pero se calló. Y el asunto del Clouque que se discutió entonces ruidosamente, para obligarle á comprometerse más en serio. El arroyo infecto se convirtió en una de las galas de Beauclair; no se robaba agua así de un pueblo, sobre todo para dársela á unos aldeanos, después de haberles trastornado el juicio hasta el punto de hacer de su aldea un foco de anarquía furioso, cuyo contagio amenazaba al país entero. Todo el terror burgués apareció, pues la antigua y santa propiedad estaba muy enferma si los hijos de los duros aldeanos de otro tiempo llegaban á poner en común sus cuatro terrones. Tiempo era de que la justicia tomara cartas en el asunto haciendo cesar tamaño escándalo.

—Podemos estar tranquilos—dijo por fin Boisgelin, lisonjero,—la causa de la sociedad va á encontrarse en buenas manos. Nada está por encima de un juicio justo dado con toda libertad por una conciencia honrada.

—Sin duda alguna—repitió Gaume simplemente.

Y por esta vez hubo que contentarse con estas vagas palabras en que se quiso ver condenado de seguro á Lucas. Se había acabado: no había más, después de una ensalada rusa, que un helado de fresa y los postres. Pero los estómagos estaban satisfechos, se reía mucho y se cantaba victoria. Pasaron al salón para tomar café, y al llegar los Mazelle se les acogió como siempre, con un cariño algo burlón, pues tan excelentes hacendados, delicias de la pereza, enternecían los corazones. La enfermedad de la señora Mazelle no iba mejor, pero estaba encantada porque había obtenido del doctor Novarre unos nuevos sellos, con los cuales podía comer impunemente de todo. Sólo quedaban para pudrirles la sangre, aquellas cosas abominables de la Crèche, las amenazas de la supresión de la renta y de la abolición de la herencia. ¿Para qué hablar de cosas tan desagradables? Mazelle, que velaba por su esposa beatíficamente, suplicó á los circunstantes con guiñadas que no se tratase más de aquellos atroces asuntos que comprometían la salud tan vacilante de su mujer. Y fué aquello encantador; se apresuraron todos á vivir todavía la vida feliz, la vida de riqueza y de placer, cogiendo todas sus flores.

Llegó por fin el día del famoso proceso en medio de las iras y rencores que crecían; nunca pasiones tan furiosas habían trastornado á Beauclair. Lucas al principio se había asombrado y se había reído. La demanda de Laboque le había hecho gracia, pues el pedirle veinticinco mil francos de daños y perjuicios le parecía absurdo. Si el Clouque se había secado, era difícil probar que la causa consistía en haber él tomado y utilizado ciertas fuentes para la Crèche; estas fuentes además estaban en su dominio, eran de los Jordán, libres de toda servidumbre, de suerte que el propietario tenía el derecho absoluto de disponer de

ellas á voluntad. Por otra parte, hubiera sido necesario que Laboque apoyase en hechos el pretendido perjuicio que se le había causado, y esto procuraba demostrarlo con tal torpeza, que ningún tribunal en el mundo podía darle la razón. Como decía Lucas en broma, él era quien debía reclamar una suscripción pública para recompensarle por haber librado á los ribereños del envenenamiento de que tanto tiempo se habían quejado. El pueblo no tenía más que rellenar el cauce y vender los terrenos para edificar; buena ganga que les haría ganar algunos cientos de miles de francos. Se reía pues, no imaginando que semejante litigio pudiera ser serio. Sólo ante el encarnizamiento de los rencores, en frente de la hostilidad que en su contra por todas partes crecía, llegó á darse cuenta de la gravedad de la situación y del peligro mortal que amenazaba á su empresa.

Fué esto para Lucas un primer choque muy doloroso. Su candor optimista de apóstol, no era tan inocente que ignorase la maldad de los hombres. En la lucha que él había buscado contra el mundo viejo, ya esperaba que éste no cedería el puesto sin enfadarse y defenderse. Preparado estaba para el calvario que preveía, para las piedras y el lodo con que las turbas ingratas abrumaban por lo común á los precursóres. Pero con todo, su corazón vaciló; sintió venir la amargura de las necedades, de las crueldades y de las traiciones. Bien comprendía que detrás del ataque interesado de Laboque y del comercio menudo, estaba toda la burguesía, todos los que poseían algo, sin querer soltar nada. Su ensayo de asociación, de cooperación, ponía en tal peligro á la sociedad capitalista, basada en el salario, que para ella se convertía en el enemigo público, del cual había que deshacerse á cualquier precio. Y el Abismo, la Guerdache, el municipio, la autoridad bajo todas sus formas, la del patronato, la comunal, la gubernamental se movían, entraban en la lucha, se esforzaban por aplastarle. En la sombra, los egoísmos amenazados se acercaban, se unían, trabajaban con tal complicación de trampas, redes y lazos que se sentía perdido al menor paso en falso. Si caía, la trailla se arrojaría sobre él, sería de-

vorado. Sabía bien sus nombres, uno por uno: los hubiera dicho: los funcionarios, los comerciantes, los simples hacendados de cara alegre que le hubieran comido vivo al verle desplomarse al volver de una esquina. Reprimiendo los latidos del corazón, se había armado para la batalla, convencido de que nada se funda sin luchar y de que siempre se sella con la propia sangre las grandes obras humanas.

La vista pública ante el tribunal civil, presidido por Gaume, fué un martes día de mercado.

Un continuo rumor llenaba á Beauclair. La multitud que había llegado de las aldeas próximas aumentaba aún la fiebre en la plaza de la Alcaldía y en la calle de Brias. Por esto, inquieta, Sœurette había suplicado á Lucas que se dejara acompañar al tribunal por algunos amigos fuertes. Pero se negó, obstinado; quiso ir solo, como había también querido defenderse él mismo, aceptando un abogado sólo por fórmula. Cuando entró en la sala de Audiencias, muy estrecha y ya llena de un público ruidoso, hubo un silencio repentino, la molesta curiosidad que acoge á la víctima aislada y sin armas, que se ofrece al sacrificio. Su tranquilo valor irritó más á los enemigos que le juzgaron insolente. Se quedó en pie ante el banco de la defensa, miró tranquilamente á la muchedumbre que se apiñaba aplastándose, y reconoció á Laboque, Dacheux, Caffiaux y otros tenderos mezclados con la ola anónima de la multitud, rostros inflamados de furiosos enemigos que jamás había visto. Algo le consoló notar que los íntimos de la Guerdache y del Abismo habían tenido á lo menos el buen gusto de no venir para verlo entregar á las fieras.

Se esperaban largos debates y de apasionado interés. No hubo nada de esto. Laboque había escogido uno de esos abogados de provincia con reputación de malignos que son el terror de una región. Y el mejor momento, en efecto, para los enemigos de Lucas fué cuando oyeron á este hombre que sintiendo la fragilidad del terreno legal en que apoyaba su reclamación de daños y perjuicios, se contentó con ridiculizar las reformas intentadas, las reformas de la Crécherie. Hizo reír mucho con un cuadro cómico y venenoso de la